



*A Luis, Andrea e Iñigo, por su continuo apoyo y los hermosos  
sueños que compartimos juntos*

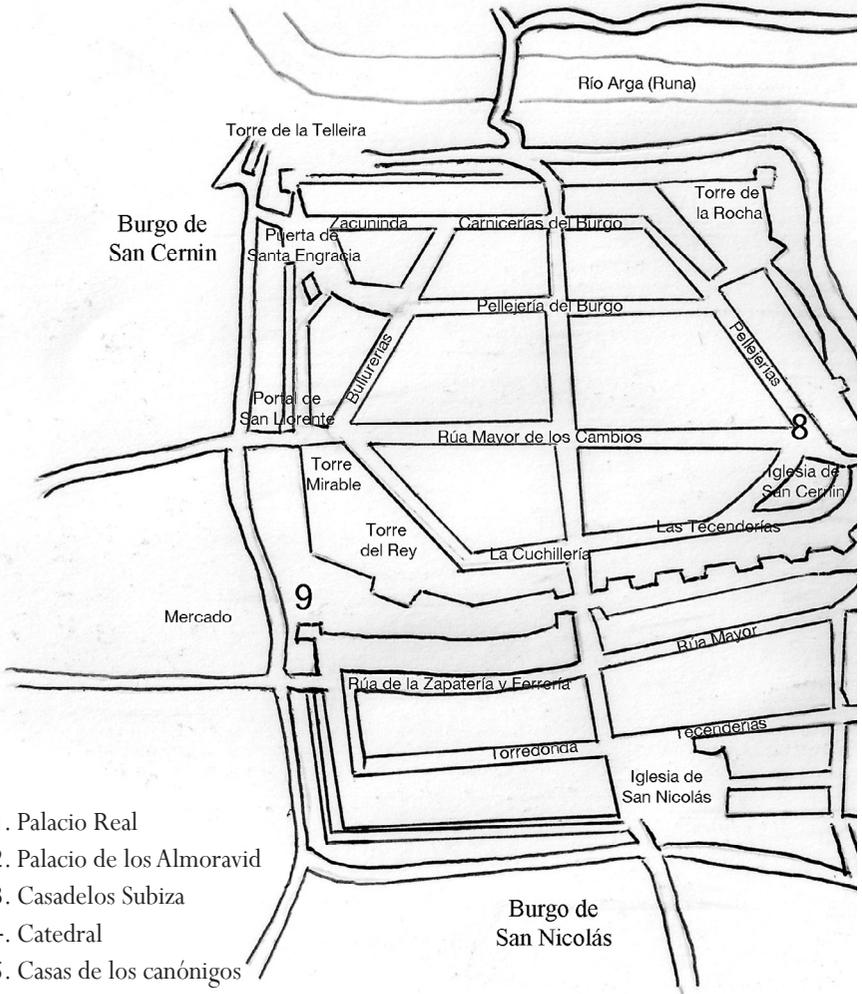
*A mis padres José Luis y Mendi y a mi hermano Mikel,  
porque siempre están ahí*



*El amigo ha de ser como la sangre,  
que acude luego a la herida sin esperar que le llamen.*

**Francisco de Quevedo**

## Pamplona finales siglo XII - comienzos del XIII







## «DÁSELO AL REY»

Año de 1177

*In this year [1177], also, Alphonso, king of Castille, and Sancho, king of Navarre, his uncle, after many and great battles fought between them, came to a settlement before the king of England, the father, on the disputes and claims that existed between them. Accordingly, there came into England, on behalf of the king of Castille and on behalf the king of Navarre, four chosen men whom they knew to be trustworthy persons, being sent to England to hear the decision of the court of the king of England, and to report the same to the above-named kings of Spain, namely, John, bishop of Tarragona, Peter de Areis, Gunter, a brother of the Temple, and Peter de Rinoso. There came also on behalf of Alphonso, king of Castille, Matthew, bishop of Palencia, count Gomez, Lobdiez, Gomez, the son of Garsias, Garsias, the son of Garsias, Peter, the son of Peter, and Gotteri Fernanz; and, on behalf of Sancho, king of Navarre, the bishop of Pampeluna, Garsias Bermer, Sancho, the son of Ramiro, Espagnol de Taissonal, Peter, the son of Ramiro, and Ascenar de Chalez. All these were sent to assert their claims, and to answer on behalf of their masters. There came also two knights of wonderful prowess and valor, with horses and warlike arms, one on behalf of the king of Castille and the other on behalf of the king of Navarre, to appeal to wager of battle, at the court of the king of England, if it should be deemed necessary.*

*The Annals of Roger de Hoveden*

Durante este año [1177], también, Alfonso, rey de Castilla, y Sancho, rey de Navarra, su tío, tras muchas y grandes discrepancias litigadas entre ellos, se dispusieron para llegar a un acuerdo delante del rey de Inglaterra, el padre, en las disputas y reclamaciones que existían entre ambos. En consecuencia, vinieron a Inglaterra, en nombre del rey de Castilla y en nombre del rey de Navarra, cuatro hombres elegidos dignos de su confianza, siendo enviados a Inglaterra para escuchar la decisión de la corte del rey de Inglaterra e informar de ello a los arriba mencionados reyes de España, siendo nombrados, Juan, obispo de Tarragona, Peter de Areis, Gunter, un hermano del Temple, y Peter de Rinoso. Vinieron también en nombre de Alfonso, rey de Castilla, Mateo, el obispo de Palencia, el conde Gomez, Lobdiez, Gómez, el hijo de Garsias, Garsias, el hijo de Garsias, Pedro, el hijo de Pedro y Gotteri Fernanz; y en nombre de Sancho, rey de Navarra, el obispo de Pamplona, Garsias Bermer, Sancho, el hijo de Ramiro, Espagnol de

Taissonal, Pedro, el hijo de Ramiro y Ascenar de Chalez. Todos ellos fueron enviados para reivindicar sus reclamaciones y para contestar en nombre de sus señores. Vinieron también dos caballeros de tremenda habilidad y valor, con caballos y armas de guerra, uno en nombre del rey de Castilla y el otro en nombre del rey de Navarra para apelar a la batalla, en la corte del rey de Inglaterra, si esto se considerara necesario.

*Historia de Inglaterra, Roger de Hoveden*

—¡NO LOTOQUES!

—¿Por qué? —preguntó Miguel intentando que su voz sonara decidida, aunque sin conseguir disimular del todo el temblor que la acompañaba.

—Porque... está muerto —le contestó Álvaro con tono de desmayo.

Miguel clavó sus ojos en aquel bulto que flotaba cerca de la orilla con el interés y la inocencia de sus diez años. Era la primera vez que veía a un ahogado y sentía curiosidad. Álvaro salió del agua. Sus piernas desnudas temblaron y la convulsión se contagió a sus brazos y a su mandíbula. Con los ojos como platos miró a su amigo que continuaba cerca del hombre muerto.

—¿Quieres salir ya? —lo apremió Álvaro.

Miguel no se movió. Había poca corriente y el muerto se balanceaba suavemente sobre las aguas. La mano izquierda del ahogado estaba hinchada y amoratada; parecía a punto de explotar. Su cabello largo flotaba sobre la superficie y sus anchas espaldas sobresalían ligeramente por encima del agua.

—Será mejor que vaya a avisar a alguien —dijo Álvaro tan bajo que la poca brisa que corría tapó sus palabras.

Movió sus piernas hacia atrás, se obligó a girar el cuerpo y echó a correr. Las piedras se clavaban en las plantas de sus pies, pero no se detuvo. Tenía miedo. Y el miedo le hacía apresurarse.

El cuerpo inerte rozó las piernas de Miguel. El chiquillo se mantuvo quieto. Después, inclinó ligeramente la cabeza hacia la iz-

quiera para tratar de ver la cara del ahogado. Justo en ese instante el cuerpo se movió hacia el fondo como si hubiera sido empujado por una fuerza extraña. Miguel dio un par de pasos hacia atrás y se quedó paralizado. El rostro de aquel hombre se apareció por sorpresa ante él. Tenía una herida feísima que cruzaba su cara desde la frente hasta la barbilla y le atravesaba el ojo izquierdo. Miguel tragó saliva y, todavía agarrotado, tomó aire como si hiciera mucho tiempo que se hubiera olvidado de respirar. La mano derecha de aquel hombre se movió hacia el muchacho buscando su mano diminuta. Tardó unos instantes en encontrarla y lo hizo más por instinto que por un acto reflexivo. Cuando aquella mano grande se encontró con la de Miguel, depositó un objeto en su palma y la cerró con fuerza. «Dáselo al rey», le pareció escuchar a Miguel. De la boca del muchacho salió entonces una exclamación de sorpresa. Tragó de nuevo saliva y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, aquel hombre flotaba otra vez sobre las aguas del Runa<sup>1</sup> bocabajo, muerto. Y, por primera vez, el chico se fijó en el grueso rastro de sangre que lo rodeaba.

La boca de Miguel se había quedado abierta y su mirada no se podía apartar de aquel cadáver, mientras se preguntaba si lo que había visto había ocurrido de verdad. El sol salió de entre las nubes cubriendo la superficie de brillos dorados y haciéndole parpadear varias veces. Aterrado se movió hacia la orilla. A su izquierda algo centelleó captando su atención. Miguel se desplazó por el agua que le cubría hasta la cadera subiendo mucho sus rodillas. El muerto pasó a un segundo plano y el muchacho centró su atención en aquel objeto que brillaba. Metió la mano y alcanzó a tocarlo. Al hacerlo se cortó en el dedo meñique. «¡Ay!», exclamó muy bajito. Miró a un lado y a otro; no había nadie. Volvió a mirar. Solo entonces se atrevió a sacar aquel tesoro. Era una espada larga, sin adornos, con

---

<sup>1</sup> Río Arga.

una inscripción en la empuñadura. Miguel no sabía leer, aunque la miró entrecerrando los ojos como si así pudiera averiguar su significado. Volvió a mirar hasta cerciorarse de que estaba solo. Salió del agua con la espada en su mano derecha, arrastrándola, y se dirigió hasta unos arbustos. Allí la escondió tapándola bien con hojarasca y piedras. Luego regresó a la orilla.

Cuando Álvaro llegó, se encontró a su amigo fuera del agua con la vista fija en el ahogado. Varias personas arribaron tras él. Miguel señaló entonces hacia el interior a la vez que Álvaro tomaba posiciones a su lado. La ribera se llenó de gentes y los cotilleos empezaron a correr de boca en boca. Álvaro aprovechó para dar un codazo a su amigo. Quería marcharse cuanto antes. Pero Miguel no se movió. Tenía la intención de esperar hasta cerciorarse de que el tesoro que acababa de encontrar y de esconder, seguía en su sitio. Ya se las arreglaría para volver más tarde a por la espada, pero tenía que saber que nadie la encontraba.

Mujeres, niños y ancianos miraban hacia el río. Muchos señalaban el lugar en el que el cadáver había aparecido, pero nadie se atrevía a meterse en el agua. Dos mujeres se agarraron del brazo y se persignaron murmurando unas palabras a modo de oración. El tiempo parecía no avanzar aquella tarde a orillas del Runa. Miguel se empezó a preguntar por qué nadie movía un dedo para sacar a aquel hombre del agua. Comenzaba a impacientarse.

Una voz grave comandó que se hiciera sitio. Las gentes miraron hacia atrás y abrieron un pasillo por el que avanzó un hombre alto y fuerte, de anchas espaldas. Al pisar parecía aplastar los guijarros de las inmediaciones como si fueran mendrugos de pan seco. Detrás de él marchaban dos hombres a modo de escolta. De un solo vistazo, el recién llegado escrutó a la gente que estaba cerca, memorizando de un plumazo cada detalle. Miguel, al verlo, lamentó no haber sido más listo a la hora de esconder la espada. Aquel hombre que movía los ojos sin menear la cabeza parecía

poder adivinar los pensamientos. Miguel evitó cruzarse con su mirada, bajó la cabeza y clavó la vista en el suelo.

Don Ponce de Lehet, alcalde de Navarra, avanzó hasta que sus pies pisaron el agua. Y se quedó quieto tras el breve chapoteo. Los dos hombres que lo seguían se detuvieron unos pasos más atrás. Don Ponce no parecía tener prisa. Inhaló aire despacio por la nariz hasta que sintió sus pulmones llenos. Después dejó que el aire se escapara despacio hacia el exterior. Se colocó la mano derecha a modo de visera para observar mejor sin que le molestara la luz del sol, que había vuelto a asomarse entre las nubes. Miró hacia la derecha. Aquel día apenas había corriente en el río. El agua bajaba limpia, sin restos de ramas u otros objetos. Después paseó su mirada hacia la izquierda. Un reguero de sangre se escapaba corriente abajo, pero en las cercanías no había rastro que delatara que hubiera habido una pelea recientemente.

Se aseguró de que no se le pasaba ningún detalle por alto y llamó a los dos hombres que esperaban instrucciones.

—¡Sacadlo del agua! —les ordenó.

Sus dos escoltas se metieron en el río y empujaron el cadáver hasta los pies del alcalde en una maniobra que pareció no suponerles ningún esfuerzo.

—Dadle la vuelta.

Al girar el cuerpo, su cara deformada quedó al descubierto. «Un golpe reciente, de maza», concluyó. En la mente de don Ponce se desvaneció cualquier sospecha de ahogamiento fortuito. Aquel hombre había sido asesinado y arrojado al río. O peor aún, herido y lanzado al río, donde se habría ahogado. El alcalde de Navarra se agachó para observar mejor. La herida del rostro era profunda. Parte de su cráneo estaba hundido formando un complejo ángulo, justo encima de su ojo. Aparentemente no se apreciaban más lesiones, salvo un fuerte golpe en su mano izquierda. Su cuerpo no estaba hinchado lo que hacía sospechar que aquel hombre no

llevaba mucho tiempo en el agua. Rebuscó entre sus ropas caras. Se guardó las monedas que portaba y una pequeña navaja. Quizá el único modo de identificarlo.

—Traedme a los dos niños —pidió don Ponce a sus ayudantes— y despachad al resto de la gente. Luego, empezad a buscar río arriba. El asesino puede estar aún por los alrededores.

Justo cuando el alcalde terminó de pronunciar la última de las sílabas, los dos ayudantes se dispusieron a cumplir sus órdenes. La orilla del río se vació de susurros y comentarios y las sombras comenzaron a alargarse de manera pronunciada sobre el suelo. Allí quedaron Miguel y Álvaro; de pie, expuestos a la mirada de don Ponce. El cierzo comenzó a soplar restando calor a aquella tarde de verano. Álvaro encogió sus hombros y acercó los brazos a su tronco al sentir el viento sobre su cuerpo. Sus dientes comenzaron a castañear. Miguel cruzó los brazos sin apartar la mirada del cuerpo del alcalde, que en ese momento se acercaba. Fue al mover sus brazos cuando se dio cuenta de que su mano izquierda guardaba algo en su interior. Rápidamente se dispuso a abrirla, pero el recuerdo de la imagen de aquel rostro le hizo detenerse. Había llegado a pensar que aquella aparición había sido producto de su mente y de su temor, pero había algo dentro de su mano que laceraba su palma y le decía que no era así. Entonces tuvo miedo de mirar y de encontrar allí algo que no era suyo. Y después su miedo se redobló al ser consciente de que en breve se habría de enfrentar con la mirada de aquel hombre del que no conocía ni su nombre ni su cargo, pero que le producía escalofríos.

La muralla, a sus espaldas, se fue llenando de sombras, tornándose más oscura. Cuatro hombres más llegaron en ese momento y el alcalde les hizo señas.

—¡Lleváoslo de aquí! —dijo para nadie en particular. Pero sus hombres se hicieron cargo.

Don Ponce caminó despacio hacia los dos amigos. El de la izquierda era un niño delgaducho de grandes y redondos ojos grisáceos. Su pelo oscuro caía hasta sus hombros. Tiritaba. ¿De frío? ¿De miedo? El que quedaba a su derecha era algo más bajo, pero de complexión más fuerte. Sus ojos marrones brillaban con intensidad y miraban hacia arriba observando al hombre que avanzaba. Cuando lo tuvo cerca parpadeó varias veces y desvió la vista hacia el suelo. Su pie se movió nerviosamente empujando una piedra que quedaba delante de él. El alcalde se detuvo a escasos dos pies de ellos y los miró detenidamente antes de abrir su boca.

—¿Así que vosotros sois los que habéis encontrado al muerto? —les dijo en un tono especialmente bajo.

Álvaro miró nerviosamente a su amigo. Este afirmó por los dos moviendo repetidamente su cabeza de arriba abajo.

—¿Cómo te llamas, chico? —le preguntó don Ponce intuyendo enseguida que él iba a ser el que contestara por los dos.

—Miguel.

—¿Miguel...? —le repitió esperando el nombre de su familia.

—Miguel Juárez de Grez.

—¿Y tú?

Álvaro se quedó trastabillado, como si de pronto se le hubiera olvidado hablar.

—Se llama Álvaro Yenéguez —dijo su amigo por él mientras le daba un pequeño codazo.

En aquel silencio, el ruido de la corriente del Runa se hizo más notorio. Mientras, sobre el cielo teñido de un azul indefinido, las golondrinas realizaban sus últimos vuelos antes de regresar a sus nidos para pasar la noche.

—¿Eres el hijo de don Yenego Pérez?

—Su padre es don Yenego Martínez de Subiza —intervino de nuevo Miguel.

El alcalde de Navarra hizo una pequeña mueca y meneó la cabeza hacia los lados en un gesto prácticamente imperceptible. «Don Yenego Martínez de Subiza», repitió don Ponce para sus adentros. Lo conocía. Había tenido que hablar con él varias veces y abrir investigación en su contra. A pesar de ello, nunca había sido inculpado y jamás se había probado su implicación en ninguno de los hechos que le habían sido imputados. Aunque eso no significaba que fuera inocente. Don Yenego Martínez de Subiza era, además de un ricohombre, un caballero con bastantes pocos escrúpulos; un hombre listo, sí y tan rápido con la espada como con la palabra, a quien era mejor evitar tener como enemigo.

—¿Qué habéis visto? —les preguntó el alcalde dejando las reflexiones para otro momento.

—Nada, señor —Miguel tomó la palabra—. Solo estábamos jugando en la orilla y la corriente ha acercado el cuerpo hasta nosotros.

—¿Estaba muerto?

—Muerto —repitió entonces Álvaro, lívido como la cera.

Miguel apretó más los brazos que tenía cruzados sobre su cuerpo como si así pudiera proteger mejor su mano.

—¿Estáis seguros? ¿Tampoco habéis oído nada? —les preguntó con impaciencia. En aquel momento le pareció más fácil arrancar confesiones a los peores bandidos que a aquellos dos niños.

—Los muertos no hablan —respondió Álvaro como si fuera algo obvio, con los ojos perdidos, sus pupilas desenfocadas.

Don Ponce pudo ver el temblor de sus labios y la tiritona de su cuerpo. Aquel chico parecía a punto de desmayarse. Antes de mandarlos a casa se decidió por una última pregunta.

—¿Habéis visto u oído a alguien por los alrededores? —les repitió.

—No, señor —contestaron los dos a un tiempo.

—Está bien —les dijo agachando su cuerpo hasta quedar a su altura, intentando ser amable y recordando que no estaba ante un par de malhechores, sino ante dos niños asustados—. Mañana volveré a hablar con vosotros.

Miguel y Álvaro se marcharon. Apretaron el paso mientras caminaban hacia la Puerta del Abrevador para entrar en la ciudad. Los dos iban silenciosos, perdidos en sus propios pensamientos. Miguel intentó hablar en un par de ocasiones, pero no estaba muy seguro de querer comentar nada de lo que había ocurrido y Álvaro parecía decidido a no despegar sus labios.

Juan, al que llamaban Juan de Grez, bajó con paso decidido hacia el río. La noticia de la aparición de un cuerpo flotando en las aguas del Runa había corrido ya por toda la ciudad. Y todo el mundo sabía a esas horas la identidad de los dos niños que habían hallado el cadáver; uno era su propio hijo y el otro, el hijo del señor al que servía. Algunas de las personas que habían bajado a curiosear le habían comentado que don Ponce de Lehet se estaba haciendo cargo del caso. A Juan no le hizo gracia que el alcalde estuviera interrogando a los dos pequeños sin que ningún adulto responsable de ellos estuviera presente. Como uno de los dos alcaldes de Navarra, encargados de aplicar la justicia en nombre del rey, le correspondía hacerlo, pero no quería que aquel hombre asustara a los niños. Sin embargo, llegó demasiado tarde y se encontró con los dos chavales justo en el umbral de la Puerta del Abrevador.

—¡Aita! —exclamó Miguel aliviado.

Juan se puso a su altura.

—¿Estáis bien? —les preguntó pasando su mano por la cabeza y los hombros de ambos.

—Había un muerto en el río —le dijo Miguel.

—Lo sé. Habría ido antes a buscaros, pero no me imaginaba que fuerais vosotros los que lo habéis encontrado. Álvaro, ¿te encuentras bien? —le preguntó al ver que el chiquillo no reaccionaba.

Juan tocó sus mejillas y al hacerlo pudo sentir el temblor de su cuerpo, frío como un día de invierno.

—Será mejor que volvamos a casa —les dijo mientras cogía al hijo de su señor por los hombros para hacerle entrar en calor.

Miguel caminó a su lado, pegado a su cuerpo. El eco de sus pasos retumbó entre las calles que comenzaban a iluminarse con las luces de los hogares encendidos dentro de las casas. Juan apretó el paso para llegar cuanto antes a la vivienda que don Yenegro Martínez de Subiza tenía en la ciudad.

—Ve a buscar a tu *amatxo* —le dijo a Miguel en cuanto entraron—. Yo subiré a Álvaro a su habitación.

Don Yenegro Martínez estaba fuera de la ciudad atendiendo las tierras que la familia tenía en Subiza. Siempre que él se ausentaba, la vivienda permanecía en silencio. No era igual cuando él estaba presente. Entonces la casa se llenaba de caballeros que bebían y se emborrachaban. Las cenas y veladas duraban casi toda la noche y a la mañana siguiente siempre había vomitonas y orines que limpiar. Miguel corrió hacia las cocinas, donde a buen seguro se encontraría su madre. Guiomar giró su cabeza al escuchar el ruido de la puerta. Una sonrisa espontánea, sincera y amplia se dibujó en su cara al ver al mayor de sus hijos.

—¿Ya estáis aquí? —preguntó con su tono suave. Guiomar no era una mujer de levantar la voz.

Miguel afirmó dos veces con su cabeza antes de contestar.

—*Aita* quiere que subas al cuarto de Álvaro.

—¿Le ocurre algo? —le cuestionó un poco alarmada.

Miguel se encogió de hombros. Guiomar no esperó respuesta y salió despacio. El ruido de la tela de su vestido al andar fue lo único que se escuchó en los siguientes instantes. Miguel se acercó

a la lumbre del hogar. Sabía que estaba solo, pero aún así miró en derredor varias veces para asegurarse. Se puso de espaldas a la puerta y solo entonces se atrevió a abrir su mano. Al hacerlo, se quedó tan sorprendido que sus ojos se abrieron enormemente y la boca acompañó su gesto componiendo la forma de una O perfecta. En su pequeña mano brillaba un anillo de oro con una piedra roja en el centro. Su asombro fue tal, que movió la mano como si el anillo quemara en su palma y la joya cayó al suelo girando varias decenas de veces antes de quedarse quieta. Aquella alhaja quedaba fuera de lugar en una cocina como esa. Un detalle demasiado hermoso en medio del sucio suelo de tierra. El chico se quedó tan quieto como una estatua, sin atreverse siquiera a pestañear, como si estuviera congelado. Aquel anillo era lo más valioso que había tenido nunca en su mano y que seguramente tendría en su vida. Si alguien lo veía con él, lo tomaría por un vulgar ladrón. Y eso tenía unas consecuencias que ni él mismo se atrevía a imaginar. Su mente de niño se quedó bloqueada. Tenía que deshacerse de él. Pero ¿cómo?, se preguntó a continuación. Tendría que tirarlo a la basura o... al río, pero quedárselo era demasiado peligroso. ¿Y si don Yenegro Martínez se enteraba? Sería capaz de arrancarle la mano y ni las súplicas de su padre, ni las lágrimas de su madre lo salvarían. Pero por otro lado... aquel anillo podía abrirle muchas puertas. «Dáselo al rey», escuchó como un susurro dentro de su cabeza. ¿De verdad tenía el deber de dárselo al rey? Era la petición de alguien que se estaba muriendo, o mejor dicho, de un muerto. Al pensarlo, un escalofrío recorrió su tronco y tuvo que sacudirse para alejarlo. Era un niño-siervo, hijo de siervos, de diez años, ¿cómo se suponía que él iba a acercarse al rey y darle aquel anillo? Tragó saliva varias veces, pero su garganta estaba tan seca como la paja. Un ruido del exterior lo puso en alerta. Se agachó y recogió el anillo de nuevo en su mano. Lo observó con curiosidad. En su cara interna tenía grabadas unas palabras. Parecían las mismas que había visto en la espada, pero

no podía asegurarlo porque no sabía leer. Estaba pensando en eso cuando su madre regresó a la cocina. Se guardó el anillo enseguida.

—Álvaro tiene fiebre —le comentó.

Miguel se mordió el labio inferior, pensativo. Guiomar puso agua en una palangana y salió de nuevo, no sin antes dar las últimas instrucciones a su hijo.

—Lávate. A saber dónde habéis pasado toda la tarde. Y prepara a tus hermanos; la cena estará lista enseguida. ¿Lo harás, verdad? —Guiomar se quedó mirando a su hijo desde el umbral de la puerta. Parecía estar lejos de allí—. Miguel, ¿me has oído?

—Sí, *amatxo* —le contestó de manera automática.

Miguel se fue a la pequeña habitación que compartía con sus dos hermanas y su hermano. Apoyó su mano izquierda sobre su labio inferior, intentando decidir si lo que había sucedido aquella tarde era realidad o solo fruto de su imaginación. Pero allí estaba aquel anillo para decirle que sí. Que aquel hombre con el rostro desfigurado había existido y, no solo eso, sino que le había hablado y, después, había muerto. El alboroto de sus hermanos pequeños, que jugaban brincando en aquel espacio de reducidas dimensiones, apartó cualquier pensamiento de su mente. Su hermano Bartolomé llegó a gatas y se agarró a su tobillo.

—¿Es verdad que has visto a un muerto? —le preguntó su hermana Guiomar con la que se llevaba un año y medio de diferencia.

Miguel se encogió de hombros. Su hermana, acercándose a él, insistió.

—¿Es cierto?

—Sí —le dijo muy serio—. Un hombre ha muerto en el río.

—¿Cómo era? —le preguntó poniéndose también muy seria y fingiendo que no le daba miedo hablar de esas cosas.

Sus tres hermanos se habían quedado muy quietos, expectantes, mirando a su hermano mayor con curiosidad e interés. Miguel sonrió por primera vez desde que el muerto apareció en la orilla.

—Era muy feo y tenía colmillos largos —les dijo mientras gesticulaba con sus manos y ponía cara de monstruo— y no paraba de decir: «Os mataré a todos, a todos...».

El pequeño Bartolomé se echó a llorar, al contrario que su hermana Teresa. La niña, que tenía tres años, sonrió y después se puso a reír bajito.

—Estaba muerto, tonto —le dijo con su media lengua aún de trapo—. No ha podido hablar.

Guiomar tomó en brazos a su hermano pequeño. Eso, junto con las risas de Teresa, tranquilizó a Bartolomé, quien dejó de lloriquear.

—Eres un bruto —le dijo Guiomar—. Has asustado a Barti.

—*Amatxo* ha dicho que nos lavemos y vayamos a cenar —les dijo entonces—. Así que ya estáis saliendo del cuarto y no hagáis ruido. Álvaro está enfermo.

—Álvaro siempre está enfermo —comentó Guiomar.

—He dicho que sin hacer ruido —le recordó su hermano mayor.

Miguel esperó a que salieran sus hermanos y paseó la mirada por toda la habitación. Se sentó en su cama y buscó la piedra movida que quedaba justo encima de donde él ponía la cabeza para dormir. La quitó con cuidado y allí escondió el anillo. Suspiró y salió hacia la cocina dando grandes zancadas.

Guiomar abrió la ventana de la cocina. El humo se revolvió en aquel espacio, empujado por el viento fresco que entraba, e hizo toser a Teresa. Miguel no tenía mucha hambre. Miró hacia el exterior. Las nubes pasaban deprisa ocultando las estrellas. La ciudad estaba silenciosa. Juan observaba a su hijo. Su pelo rebelde caído ligeramente sobre su ojo derecho y su mirada perdida. No parecía muy afectado por lo que había ocurrido. Pensativo, quizá, pero no temeroso. Deseaba interrogarlo sobre lo que había sucedido,

pero no allí, delante de los más pequeños. Esperaría a que todos se levantaran una vez terminada la cena. Su mujer se sentó por fin y todos comenzaron a cenar.

—*Aita* —dijo Miguel—, ¿un caballero siempre debe ser fiel a su palabra?

Juan tragó el bocado que tenía en la boca antes de hablar.

—Todo hombre debe ser fiel a su palabra. Por eso hay que tener cuidado con las palabras que pronunciamos, porque nos pueden atar la voluntad.

—¿Quieres decir que debemos ser consecuentes con lo que decimos?

—Hasta el final.

—¿Y los niños?

—Los niños deben obedecer a sus padres.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero saber es si también deben mantener su palabra.

—Los niños deben aprender a decir siempre la verdad y a respetar a sus mayores —le contestó entornando los ojos, mientras se preguntaba si las cuestiones de su hijo tendrían algo que ver con lo que había sucedido en el río.

Miguel se quedó silencioso. Miró a su plato. No tenía mucho apetito y notaba la mirada de toda su familia sobre él. Así que hizo el esfuerzo por aparentar normalidad, aunque su mente bullía llena de ideas contradictorias, perdida por tener que tomar una decisión que parecía sobrepasarlo.

Al concluir la cena, Guiomar se levantó a retirar las sobras. Una mirada de su marido bastó para que comprendiera. Se llevó a los más pequeños para acostarlos y anunció que subiría a ver cómo estaba Álvaro. Miguel se levantó también.

—Espera —le pidió su padre.

El muchacho, obediente, detuvo su paso y se enfrentó a su progenitor.

—¿Quieres hablar sobre lo que ha ocurrido en el río? —le preguntó su padre.

«Querer...», pensó él mientras se rascaba la barbilla. Sabía que su padre no le estaba preguntando si quería hablar sobre ello, sino que se trataba de una invitación a hacerlo. Dudó sobre lo acertado de relatar a su padre todo lo sucedido aquella tarde o si era preferible guardarse algo para sí.

—Álvaro y yo estábamos jugando, como hacemos cualquier tarde —comenzó su relato—. Entonces hemos visto que algo flotaba arrastrado por la corriente. Al comprobar que se trataba de un hombre, Álvaro ha subido a avisar, mientras yo me he quedado vigilando. Luego ha aparecido el alcalde y nos ha preguntado por lo que hemos visto.

—¿Eso es todo?

Miguel asintió con la cabeza. Juan se tomó su tiempo sin apartar la mirada del rostro de su primogénito.

—¿Os ha asustado? El alcalde, me refiero.

Miguel se encogió de hombros. Álvaro ya estaba asustado mucho antes de que apareciera el alcalde y él... él aún seguía con la imagen de aquella cara impregnada en su retina.

—Solo nos ha hecho preguntas —le dijo por fin.

—Hazme un favor, ¿quieres? Si el alcalde vuelve a interrogaros, asegúrate de decirle que don Yenego Martínez o yo queremos estar presentes.

—Sí, *aita*.

—Ahora, ve a descansar.

—¿Puedo subir a ver a Álvaro?

—Un momento.

Juan se quedó solo en la cocina. Pasó su mano izquierda sobre el rostro como si con ese gesto pudiera eliminar todas sus preocupaciones. Cuando don Yenego Martínez no estaba, reinaba la paz. Pero esa tranquilidad únicamente duraría uno o dos días más. De-

cidió bajar a las cuadras y se entretuvo limpiando la paja y preparándolo todo para cuando don Yenegro y su hijo mayor arribaran. Estaba intranquilo. Algo le decía que su hijo se guardaba parte de lo que había ocurrido aquella tarde a la vera del Runa.

Guiomar se encontraba junto a la cama de Álvaro arreglando las sábanas. El chico parecía dormir tranquilo cuando Miguel asomó la cabeza por la puerta. La mujer, con una sonrisa dulce, lo invitó a pasar.

—Duerme —le dijo a su hijo.

Miguel se acercó despacio y se quedó junto a su madre. Guiomar miró a uno y luego al otro. Aquellos dos muchachos, hermanos de leche, siempre habían tenido una amistad especial. La madre de Álvaro había muerto de sobrepeso al poco de dar a luz. Miguel tenía entonces una semana de vida. Era un bebé llorón e inquieto, de potentes pulmones. Guiomar recordó aquellos agotadores meses después de que don Yenegro se presentara con su hijo en la puerta de su habitación. No fue una petición, sino una exigencia. Sin embargo, no podía negarse. Durante mucho tiempo estuvo alimentando a los dos bebés hasta el límite de sus fuerzas. Álvaro tenía preferencia sobre su propio hijo. Álvaro engordaba, mientras que Miguel parecía haberse estancado en tamaño y peso. Guiomar llegó a temer por la vida de su hijo. Su lloro ya no era tan potente, ni su demanda insaciable. Miguel tuvo que entender desde la cuna, cuál era el sitio de su nacimiento.

Sin embargo, los dos niños siempre habían estado juntos y Álvaro nunca había tratado a Miguel con superioridad o desdén. Guiomar había sido testigo en numerosas ocasiones de cómo se defendían entre ambos. Al principio, Guiomar y Juan habían temido que aquella amistad irritase a don Yenegro, sin embargo, a este no

parecía importarle mucho. Porque él estaba más pendiente de su otro hijo, Jordán, su primogénito y su heredero.

—¿Está bien? —preguntó Miguel, preocupado.

Su madre sonrió y al hacerlo mostró ternura y cariño.

—Tiene un poco de fiebre y está cansado, pero yo creo que enseguida se pondrá bien.

—¿Te quedarás con él?

Guiomar asintió entre apenada y contrariada, pero sin dar muestras de ello. A veces tenía la sensación de cuidar más de Álvaro que de sus propios vástagos.

—Creo que a Álvaro le gustará que te quedes. Yo cuidaré de mis hermanos.

Guiomar pasó su mano por el cabello de su primogénito mostrándole así su gratitud. Miguel bajó con cuidado de no hacer ruido y se metió en su habitación.

—Miguel, ¿eres tú? —preguntó Teresa en bajito.

—Sí —le respondió él en el mismo tono—. Anda, sé buena y duérmete.

Miguel escuchó la risa clara de la niña mientras buscaba a tientas su cama. Se desnudó y se metió en ella agradecido. Se tumbó boca arriba. Sus ojos mirando a un techo que no se veía, vacíos de sueño. Solo una vez había reprochado a su madre que se ocupara más de Álvaro que de él o de sus hermanos. Su madre, muy seria, le había pedido que mirase dentro de su corazón y que pensara si de verdad le gustaría cambiarse por su amigo. Miguel, al principio, no había entendido, pero ella, su *amatxo*, le había ayudado a comprender. Álvaro no tenía madre. Su padre siempre estaba ausente. Su hermano mayor le llevaba once años y se burlaba de él continuamente. En realidad, si lo miraba bien, Álvaro estaba solo.

El ruido del viento, que silbaba entre las rendijas de las ventanas, distrajo su atención. Cerró los ojos, pero los abrió sobresaltado con el regusto de la muerte rondando su cabeza. En la os-

curidad de su habitación el miedo era mayor que su valentía y la cara del hombre que flotaba en el Runa más real. Se sentó en la cama, dobló las piernas y se las agarró con los dos brazos. «Dáselo al rey. Dáselo al rey...». Las palabras eran tan nítidas que parecía que alguien las estuviera susurrando en aquel mismo instante junto a sus oídos. Barti se removió inquieto al otro lado. Ni siquiera aquel sonido conocido contribuyó a calmar la sensación de agobio que estaba notando. Aquella noche oscura no permitía asomo de claridad. Se tumbó de lado y se tapó con la sábana hasta la oreja. Tiritaba, pero no era de frío.

Una fuerte ráfaga de viento golpeó la ventana de madera agitando y su cuerpo se alteró de igual forma, como si el aire lo hubiera sacudido también a él. Intentó centrarse en los sonidos conocidos de su alrededor. La suave respiración de su hermana Teresa, el sutil movimiento de Guiomar sobre la sábana y el sueño agitado de Barti. Apretó los ojos como si ese gesto tan simple pudiera conjurar aquel fantasma que parecía querer acaparar sus sueños.

Al cabo de un rato se despertó con la sensación de haber recibido una fuerte sacudida. Y el roce de un cuerpo junto al suyo le puso la piel de gallina. Cien mil pensamientos fulminaron de golpe cualquier razonamiento lógico. Por un momento tuvo la sensación de estar durmiendo al lado de aquel hombre muerto y de haber corrido su misma suerte. Una pequeña clarividencia entre sus funestos pensamientos le obligó a considerar racionalmente su situación —con la racionalidad que puede tener un niño de diez años—. Acercó despacio, en la oscuridad, su brazo hacia aquel bulto que sabía con seguridad cerca de él. Palpó un cuerpo tibio y menudo y respiró aliviado. En algún momento de la noche, su hermano se debía haber cambiado de sitio. Se frotó los ojos y se quedó quieto mientras los latidos de su corazón tornaban a su ritmo moderado y rítmico. Cerró los ojos. La tibieza del cuerpo de su hermano le ayudó a relajarse y pronto cayó de nuevo dormido.

La luz del sol entraba ya por la ventana cuando su madre lo avisó. Miguel se estiró de mala gana y se obligó a salir de la cama. En su cara aparecían claras huellas de haber pasado una mala noche. Cogió su ropa mirando atentamente el hueco donde había escondido el anillo y acercó sus dedos con la intención de cogerlo. Pero enseguida cambió de parecer. No era prudente hacerlo con sus hermanos en la habitación. Salió con cuidado. A pesar de haber dormido mal, no tenía la sensación de congoja que le había acompañado durante las horas de oscuridad. Los fantasmas de la noche parecían haberlo abandonado.

Guiomar le dio un beso en la cabeza cuando se asomó por la cocina.

—¡*Amatxo!* —protestó él. Su madre sonrió meneando la cabeza de lado a lado.

—Anda, ve a ayudar a *aita*. Está en los establos.

Juan de Grez era un hombre meticuloso y tranquilo. Lejos de ser un personaje de acción, era una persona reflexiva. Don Yenegro Martínez lo consideraba débil, incapaz de usar el látigo y de imponer duros castigos a los criados, como era lo preceptivo —al menos en su conciencia—. En más de una ocasión había pensado en echarlo de su casa. A él y a toda su prole, pero le fastidiaba tener que andar buscando a alguien para sustituirlo; alguien que también quisiera hacerse cargo de su hijo menor. Además, si lo pensaba bien, la casa siempre estaba organizada y limpia y Juan no protestaba cuando tenía que asistirlo en sus horas de resaca o en mitad de la noche.

Miguel encontró a su padre ajustando los correajes del macho para que su madre bajara a coger agua al río. Al muchacho se le encendió una luz dentro de su cabeza.

—Yo iré —Se ofreció.

Juan sonrió con esa sonrisa que quiere decir: «Eres demasiado pequeño».

—Yo puedo ir. Puedo subir el agua —insistió.

Juan iba a decir que no, pero accedió. Era hora de que su hijo empezara a asumir responsabilidades.

—Baja con el carro —declaró—. Tu madre irá enseguida a ayudarte.

Miguel, entusiasmado, saltó sobre el asiento delantero del carro y tomó las riendas. A menudo acompañaba a su madre al río a subir ánforas llenas de agua y esta le dejaba dirigir al macho. Tenían un pozo en casa, pero durante el verano solía secarse, por lo que recogían agua del río. Le agradó que su padre le dejara bajar solo aquel día. Eso significaba que confiaba en él. Pero le complació más tener la posibilidad de comprobar si la espada que había escondido la tarde anterior seguía todavía en su escondite. Debía darse prisa o se encontraría con demasiada gente en la orilla del río.

Miguel descendió hasta el Runa con una enorme excitación. Estiró su cuello y buscó cualquier rastro de gente moviendo sus ojos de un lado al otro. Notó la urgencia instalarse dentro de él. Saltó del carro apenas llegó a la orilla. Acarició el cuello del macho y se alejó hacia los árboles. Cuando creyó haber llegado al sitio, se agachó y escudriñó entre la hojarasca, pero no encontró nada. Se incorporó, brazos en jarras, y torció el gesto. Se concentró intentando recordar el lugar exacto donde había aparecido el muerto. Quizá se hubiera equivocado de árboles. Con paso ligero se acercó de nuevo a la orilla. Lo pensó mejor y miró un poco más hacia el oeste. No recordaba así el sitio, sin embargo, se agachó y rebuscó por si acaso. Al poco, sonrió como si hubiera obtenido la mejor victoria de su vida y con cuidado tocó el fino acero que refulgía ante los primeros rayos de sol. «Dáselo al rey», oyó entonces como un eco que le erizó la piel. Tragó saliva con dificultad y cerró los ojos apretándolos. Pero las palabras seguían allí, reminiscentes. Un ligero temblor invadió su cuerpo. El propio miedo le hizo moverse, aunque antes de descubrir su posición, se cercioró de que no había nadie más por los alrededores. Solo entonces salió corriendo

y se dirigió al carro. Tomó una de las telas que su padre siempre llevaba allí y envolvió con ella la espada. El contraste entre la nobleza del arma y la escasa calidad del trapo fue notable, pero no era momento para remilgos. Sin pararse mucho a pensar, escondió la espada entre el resto de telas y se dispuso a descargar las ánforas.

Su madre apareció de golpe y Miguel se quedó congelado delante de ella. Lo primero que se preguntó fue si habría visto la espada. Guioimar lo saludó. Aunque eso no tranquilizó mucho a su hijo, sí le permitió proseguir con su tarea. Miró de reojo el bulto de telas apiladas en desorden y alzó una plegaria al cielo para que a su madre no se le ocurriera utilizarlas en aquel momento. Intentó sonreír y parecer despreocupado, pero no estaba seguro de haberlo conseguido. Hay ciertas cosas que no se pueden ocultar a una madre. De un salto se subió en el carro y tomó una de las vasijas de barro que utilizaban para rellenar las ánforas y se la acercó a Guioimar. Él tomó otra y comenzaron los viajes hasta la orilla del río.

—¿Cómo está Álvaro? —preguntó Miguel mientras vertía el agua contenida en la última de las vasijas.

—Esta mañana ya no tenía fiebre. Creo que hoy podrá salir a jugar.

Esa era una buena noticia. Las tardes sin Álvaro no eran igual de divertidas. Daba lo mismo a lo que jugaran o a dónde fueran. Álvaro siempre se inventaba cosas entretenidas. Había otros niños con los que jugar, pero era diferente.

—Estás muy pensativo —le dijo su madre mientras subían la cuesta que llevaba a la Puerta del Abrevador.

Miguel se pellizcó el labio inferior con su mano izquierda. Si estaba callado era porque andaba pensando en la forma de descargar la espada y el lugar en el que poder esconderla.

—Hoy he dormido mal.

—El viento —dijo su madre.

Miguel no contestó. Su cara se puso seria, mientras que el rostro de Guiomar reflejó el orgullo que sentía por su primogénito. La mujer condujo el carro hasta los establos. Juan, con ayuda de un par de sirvientes más, bajó las vasijas del carro y las colocó en su sitio. Uno de los siervos fue a coger las telas, pero Miguel, en un rápido movimiento, se acercó y colocó su mano sobre ellas.

—Yo lo haré —dijo en tono seco.

—Parece que hoy estás decidido a hacer muchas cosas —dijo su padre.

Miguel asintió. Antes de tomar las telas esperó a que todos se marcharan y él empezó a darle vueltas a la cabeza. Había recuperado la espada. Al pensarlo, sintió cierto placer de niño travieso. Pero ahora debía buscar un escondite y un lugar adecuado al que transportarla cuando regresaran a Subiza. Aunque eso sería al final de verano y no había tanta prisa por encontrar solución a ese problema. Lo que apremiaba era buscar un sitio adecuado para esconderla mientras permanecieran en Iruñea. Un buen escondite apartado de los ojos inquisidores de don Yeneo y de Jordán. Miró y miró sin ver, sin encontrar. Hasta que, de pronto, se le ocurrió una idea.

Solo había una cosa que le molestara más a Jordán que no tener siempre la última palabra y esa era el olor a estiércol. Tomó con delicadeza la tela. El preciado tesoro que escondía le pareció más largo y más pesado. Sin pensárselo mucho embadurnó el envoltorio de excrementos y lo subió al granero. Aquel lugar era frecuentado por otros miembros del servicio. Pero no era la primera vez que en él guardaba sus juguetes. Además, él conocía una madera movida lo suficientemente larga como para esconder la espada. De momento, ese sería su escondrijo. La segunda parte de su plan era más complicada. Pasaba por convencer a su padre de que les tallara a Álvaro y a él unas espadas de madera. Para que así, cuando las llevara a Subiza, pudiera esconder la de verdad entre

ellas. En eso estaba pensando mientras recolocaba la paja sobre la madera movida. Algo se clavó en su dedo índice de la mano derecha. Del dedo comenzó a manar sangre. Agitó su extremidad en un movimiento rápido hacia su boca. Se lo chupó arrugando la cara. Escocía. «Dáselo al rey», escuchó de pronto. Miguel movió su cabeza hacia los lados. No había nadie. Sin embargo, aquellas palabras seguían retumbando dentro de él. Miró por última vez el lugar en el que había dejado la espada y echó a correr.

Su habitación daba al oeste. En aquellos momentos estaba vacía y el calor del verano se dejaba sentir en ella. Los ojos de Miguel miraron directamente el hueco de la pared donde había escondido el anillo. Se preguntó si seguiría allí. Era increíble pensar que él hubiera tenido algo tan valioso entre las manos. Con cuidado e intentando controlar el leve temblor de sus dedos, metió la uña y soltó la piedra que servía de tapa al escondrijo. Allí estaba. Por un instante había deseado que no estuviera, que todo hubiera sido una simple pesadilla. Lo observó con curiosidad sin atreverse a tocarlo, extasiado.

Una voz lejana pronunció su nombre. Al principio fue uno más de los ruidos propios de la casa a esas horas. Poco después la palabra llegó con claridad. Su nombre estaba siendo repetido decenas de veces por su madre. «¡Ah!», exclamó sobresaltado. Sus dedos nerviosos volvieron a colocar la piedra en su sitio y salió corriendo de nuevo.

Para Miguel fue difícil aquella mañana concentrarse en las tareas que debía realizar. Su mente estaba ocupada por otros asuntos. Volvió a agarrarse el labio inferior con los dedos de su mano izquierda.

—¿Te ocurre algo? —acabó preguntando su madre.

Miguel negó reiteradamente con la cabeza.

—¿Puedo subir ya a ver a Álvaro?

Guiomar le dejó ir. Miguel subió deprisa, pero desaceleró su paso al llegar a la puerta. Llamó con los nudillos y entró despacio. El rostro de su amigo estaba pálido y sobre él dibujó una ligera sonrisa al ver su cara.

—¿Estás bien? —le preguntó Miguel.

—Sí —musitó el otro.

—¿Iremos a jugar? Hoy hace muy buen día.

—Tal vez, después de la siesta.

Álvaro siempre se echaba la siesta. A Miguel le parecía una cosa de pequeñajos. Para él ese tiempo era tiempo perdido.

—Claro —le contestó—. Después de la siesta.

Miguel tenía ganas de compartir con Álvaro su secreto. Quería contarle lo de la espada y lo del anillo. Y, así, entre los dos, decidir qué debían hacer. Pero Álvaro cortó cualquier intento de Miguel por hablar de lo ocurrido la tarde anterior junto al Runa. Parecía seguir asustado, así que Miguel decidió callarse. Tendría que hacer esto solo.

En un movimiento calculado y tremendamente rápido, Miguel sacó el anillo de su escondite, lo agarró fuertemente en su mano derecha ocultándolo en su palma y cerró contundentemente los dedos sobre él. «Tampoco será tan difícil llegar hasta el rey», se dijo mientras llevaba a cabo la operación. Uno a uno miró a sus hermanos que estaban tumbados en las camas. Dormían. Salió de puntillas hacia la puerta, la abrió y se escapó de la casa. Fuera hacía calor. Su corazón empezó a palpar con rapidez. De hecho, no tenía muy claro cuál debía ser su próximo paso. Lo único que sabía era que no debía quedarse bloqueado. Se encaminó despacio hacia su destino. Desde la distancia observó el edificio custodiado por la guardia del rey y se pellizcó el labio inferior con su mano izquierda. Entonces se dio cuenta de que había apretado tanto la mano

sobre el anillo que se estaba clavando las uñas en su propia carne. Aflojó la presión y se metió la joya en el bolsillo interior de su camisa. Una vez hecho, para cerciorarse de que seguía allí, se palpó la zona con la palma de su mano. Después avanzó hacia la puerta.

El rey tenía fijada su residencia en Tudela, una localidad sita al sur del reino. Pero en verano descansaba en Iruñea donde el clima era más suave. Lo mismo hacía don Yenego Martínez de Subiza. Solo que a él no le movía el clima, sino el interés. Y este no era otro que el de estar lo más cerca posible de la corte. Así que en cuanto el rey posaba un pie en Iruñea, él se trasladaba también desde Subiza y con él su familia y sus criados.

Miguel caminó despacio preguntándose si el rey estaría a esas horas allí. No tenía ni idea de cuáles eran las costumbres del máximo mandatario navarro. Su encargo, de cualquier forma, no le llevaría mucho tiempo. Justo cuando iba a llegar a la puerta, los guardias le cerraron el paso. Miguel miró hacia arriba.

—Quiero ver al rey —dijo con voz trémula. Aquellos guardias imponían. Sus cabezas parecían estar demasiado alejadas del suelo.

Al guardia de la izquierda se le escapó una risotada. Su compañero no se movió, pero miró de reojo al de la risa con reprobación. Miguel, obviando la actitud de los centinelas, intentó pasar, pero el que se había reído negó varias veces con la cabeza mientras se interponía en su camino.

—Quiero ver al rey —repitió una vez más.

El guardia de la izquierda dio un paso al frente.

—El rey no recibe a niños harapientos y desnutridos como tú.

Miguel no era un niño harapiento. Claro está que no vestía las nobles telas de los caballeros y ricoshombres, pero sus ropas eran más que apropiadas. Y por supuesto, no estaba desnutrido. En su mesa nunca había faltado la comida. Así que las palabras de aquel guardia hirieron su orgullo. Aún así, se miró. Al muchacho ni siquiera se le había pasado por la cabeza que no le permitieran

el paso. Había sido un tonto al creer que llegar hasta el rey sería una tarea relativamente sencilla. El contratiempo lo dejó bloqueado. Por un instante fue incapaz de reaccionar. No así el guardia. Para cuando se dio cuenta, el hombre se agachó y lo agarró por la camisa.

—¡Lárgate de aquí y no des problemas! —le gritó después de darle un empujón y despacharlo con una fuerte patada en el trasero.

Miguel se trastabilló y cayó de bruces dolorido y rojo de vergüenza y de rabia. El anillo salió despedido y él, desde el suelo, alargó el brazo justo a tiempo de evitar que rodara y alguien lo descubriera. Repuesto del susto, se levantó y, de espaldas a los hombres que vigilaban el acceso, se metió de nuevo el anillo en el bolsillo.

Se volvió hacia los guardias mientras se sacudía la camisa. Parecían estatuas. Miguel se giró para regresar, pero, en el último momento, cambió de idea y su cuerpo se precipitó contra los guardianes. El movimiento pilló de improviso a los dos hombres a quienes solo les dio tiempo de ver pasar a Miguel como un rayo por en medio de los dos. El muchacho logró introducirse en el edificio y corrió y corrió por el interior, seguido por ambos. Abrió y cerró puertas pasando por salas y habitaciones desconocidas. Los pasos de los vigilantes se sentían cerca, incluso pudo notar la mano de uno de ellos rozando su nuca. Un quiebro hacia la izquierda en el último instante evitó que fuera agarrado. Apretó el paso corriendo tanto como sus piernas y la distribución de la gran casa se lo permitían. Miguel dobló la siguiente esquina y se precipitó en la primera sala que quedaba a mano derecha. A esas alturas estaba totalmente perdido y desubicado. Cerró la puerta deprisa y se pegó a ella apretando las manos contra la madera como si con ese movimiento pudiera prevenir que fuera abierta. Jadeaba. Se giró despacio mirando con urgencia el sitio en el que se hallaba.

En una de las esquinas, una niña algo mayor que él estaba sentada graciosamente en una silla de madera noble. En sus manos tenía un instrumento que Miguel desconocía. Solo le dio tiempo de mirarla unos instantes antes de que la puerta le diera un empujón tras abrirse y lo lanzara hacia delante. Los ojos de Miguel se abrieron tanto que parecían casi redondos como una luna llena. Corrió por la sala, pero al poco tiempo los dos guardias lo acorralaron y se lanzaron sobre él. Miguel quedó inmóvil sin poder articular palabra, como si hubiera perdido la capacidad del habla. «Mis disculpas», escuchó que decía el guardia bueno —el que no se había reído de él— dirigiéndose a la niña que miraba con curiosidad la escena. Ella hizo una graciosa inclinación de cabeza. Cuando ya se lo llevaban, Miguel cruzó su mirada de nuevo con ella. No supo muy bien por qué, pero se sintió avergonzado.

Miguel se intentó zafar de su captor. El guardia que había hecho mofa de él lo acarreaaba sujeto a su cintura como si llevara un saco mientras él le pegaba puñetazos en la tripa. El hombre atenazó sus manos. De nada le sirvió tratar de escabullirse. Cuanto más lo intentaba, más fuerte lo sujetaba él, así que no le quedó más remedio que darse por vencido.

La niña salió detrás de los guardias. Andaba con paso ligero y ágil, como si realmente pudiera flotar sobre el suelo. Cruzó los pasillos detrás de los hombres y asomó su cabeza por la puerta principal al tiempo de ver rodar a aquel muchachillo intruso por el suelo. Miguel se golpeó en el codo derecho y este empezó a sangrar. «Quiero ver al rey. Debo darle algo», consiguió articular mientras giraba sobre el duro y polvoriento suelo. Después de dar varias vueltas, su pequeño cuerpo fue a parar justo delante de las patas de un caballo. Su instinto le hizo taparse con los brazos. Luego miró hacia arriba. Al reconocer al jinete, su cara se tornó lívida y su cuerpo quedó vacío de fuerzas.

La figura de don Yenego Martínez lo escrutó con severidad. De todos los momentos del día, tenía que haber elegido justamente ese para hacer su aparición en Iruñea. Detrás de él surgió la figura de su hijo Jordán. Miguel supo inmediatamente que se acababa de meter en un lío, un lío muy gordo. Cuando don Yenego puso un pie en el suelo, fue como si este se hubiera puesto a temblar. O quizá solo fue el estremecimiento de aquel cuerpo de diez años. Miguel reculó desde el suelo, arrastrándose sobre sus posaderas. Increíblemente don Yenego no se dirigió hacia él sino hacia donde se encontraban los dos guardias. Estos lo saludaron con afabilidad. Sin duda, sabían quién era. Don Yenego intercambió con ellos unas palabras mientras miraba de reojo a Miguel. El muchacho consiguió ponerse de pie y echó a correr.

—No voy a perder el tiempo en perseguirte —escuchó decir a don Yenego—. En algún momento tendrás que regresar a casa.

Jordán soltó un exabrupto. Puso a su caballo al trote e hizo ademán de seguir a Miguel, aunque inmediatamente refrenó a su montura. Miguel se alejó corriendo, escuchando el eco de la risa hueca de Jordán retumbando en sus oídos. Varias calles más al sur, después de perder el sonido de los cascos del caballo, se detuvo. Apoyó su mano sobre la pared de una casa y miró en derredor para situarse. La agitación y el cansancio le hicieron doblarse por la cintura. «Don Yenego tiene razón —pensó con horror—, puedo pasarme toda la tarde corriendo, e incluso la noche, pero en algún momento tendré que regresar a su casa». Como hacía siempre que se ponía nervioso, Miguel se pellizcó el labio inferior. Su respiración era una continua sucesión de jadeos. El sol golpeaba con fuerza en un cielo limpio de nubes. Cuando su respiración se hizo menos apremiante, se enderezó y apoyó su espalda en la piedra de la fachada de la casa. Estaba caliente, lo que le hizo sudar más. De pronto le pareció escuchar unos pasos. Eran muy tenues, pero

estaba seguro de que alguien caminaba en su dirección. Pegado a la pared, comenzó de nuevo a andar.

—¡Espera! —escuchó.

Una voz suave de niña lo llamó desde la distancia. Algo confuso se giró despacio. Al hacerlo, se topó con la mirada curiosa de la misma niña que hacía un momento se había encontrado en aquella habitación de la residencia real. Miguel bajó sus ojos y se pasó el antebrazo por los labios.

—¡Estás sangrando! —le dijo ella mientras se acercaba.

Miguel siguió la estela de su mirada y se fijó en su codo. Estaba sucio y cubierto de sangre. El chiquillo se quedó quieto mientras ella avanzaba.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la chica.

Él se mordió el labio antes de contestar.

—Miguel —respondió algo apurado.

—Soy Berenguela —se presentó ella sonriendo.

Miguel intentó también sonreír, pero se sentía tan confuso y tan avergonzado que no lo consiguió. Solo esperaba que aquella niña no le hubiera visto rodar por el suelo. Nunca había caído tan bajo.

—Te he oído decir que querías ver al rey —comentó ella.

Miguel se encogió de hombros.

—Eso ahora da igual.

—Yo puedo ayudarte —le dijo ella con seguridad.

La expresión de Miguel cambió del sonrojo a la curiosidad.

—¿Por qué quieres verle? —le preguntó Berenguela.

—Debo darle algo.

—¿Qué es?

—Solo se lo puedo decir a él.

Miguel supuso que Berenguela se enfadaría ante su falta de datos y que se marcharía. Estaba perdiendo una oportunidad única, pero no podía confiar en nadie, ni siquiera en esa niña que parecía

tan amable, la tarea que cargaba sobre sus hombros. Sin embargo, y contra todo pronóstico, Berenguela insistió.

—Ven —le dijo cogiéndolo de la mano y pillándolo por sorpresa. Miguel se dejó llevar. Caminaban de nuevo hacia la residencia del rey.

—No podré entrar —constató él algo apurado conforme se acercaban—. Los guardias... me volverán a echar.

Berenguela sonrió con complicidad, llevándose la mano izquierda a la boca en un gesto coqueto y delicado a partes iguales. Antes de que el palacio episcopal apareciera ante ellos, Berenguela se desvió hacia la derecha y caminaron por una calle paralela a la pared lateral de la casa. Se dirigieron a la parte de atrás y entraron por una de las puertas auxiliares. Miguel agradeció la sombra que le brindaban aquellas paredes gruesas de piedras recién estrenadas. Berenguela aún tenía asido su brazo y lo arrastraba hacia el interior del palacio.

—Por aquí —le dijo mientras abría una puerta pequeña al fondo del pasillo—. Tendrás que esperar un poco. No te muevas —le recomendó mientras se escabullía hacia el exterior.

El sonido de la puerta al cerrarse trajo consigo un silencio abrasador. Aquella habitación, a pesar de encontrarse resguardada por gruesos cortinajes, recibía todo el sol de la tarde. La sala era pequeña. Una mesa rectangular con catorce sillas ocupaba casi todo el espacio. En uno de los laterales había una enorme chimenea coronada por dos espadas cruzadas. Miguel se acercó hacia ellas y las contempló intentando identificar sus símbolos y sus letras. Torció la cabeza. Cuando la puerta se abrió de nuevo, instantes después, el muchacho aún seguía extasiado contemplando las espadas. Pero el ruido le hizo girar la cabeza. Sin ni siquiera mover un pelo contempló la entrada de aquel joven alto y fuerte de mirada profunda que lo observó con curiosidad. Berenguela se había quedado en la

puerta, detrás del recién llegado. Miguel la miró como pidiendo explicaciones. El joven que tenía delante no era el rey.

—Dos bellas espadas —comentó el que acababa de entrar a modo de saludo.

Con movimientos ágiles, el joven se dirigió hacia ellas y cogió la que ocupaba el lado de la izquierda. Hasta Miguel pudo apreciar el modo reverencial con que la trataba.

—Esta es *Tizona* —le dijo a modo de presentación.

Miguel se acercó hacia la mesa donde la había colocado. Arrugó la nariz. En ese instante le habría gustado saber leer para descifrar las letras que adornaban su filo. Como si le hubiera leído el pensamiento, el joven leyó para él: «*Io soi Tisona Fue fecha en la era de Mile Quarenta*». Luego giró el arma y continuó leyendo: «*Ave Maria gratia plena Dominus Tecum*». Al terminar, su boca esgrimió una leve sonrisa.

—Es una de las espadas del Cid Campeador —continuó—. Se la ganó al rey Búcar de Marruecos en la batalla de Valencia. Y esta otra —continuó con sus explicaciones mientras volvía a coger la segunda de las espadas— es *Colada*, ganada por el Cid en combate al conde de Barcelona, Ramón Berenguer.

Berenguela soltó una pequeña risita. A su hermano le encantaban aquellas espadas y sabía que no perdía ninguna oportunidad para poder enseñarlas o esgrimir las. Miguel las observó con curiosidad, pero no tenía ni idea de quién era el tal Cid al que con tanto orgullo mentaba aquel joven. Berenguela, en cambio, había escuchado cientos de veces la historia. Las legendarias espadas de don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, cuya hija Cristina se había casado en segundas nupcias con Ramiro Sánchez de Pamplona, a la sazón, su bisabuelo. El propio Cid había regalado aquellas espadas a los infantes de Carrión —don Diego y don Fernando—, tras desposarse con sus hijas —doña Cristina y doña María—. Sin embargo, estos, en un acto vil y cobarde, las habían deshonrado.

El Cid, además de romper su matrimonio, había recuperado las espadas. Cristina se había casado entonces con su bisabuelo. Más tarde, el Cid regaló *Tizona* a su sobrino Pedro Bermúdez para su duelo con Ferrán González y *Colada* al valeroso caballero burgalés, Martín Antolínez. Su hermano Sancho había conseguido reunir las dos armas, años más tarde.

Miguel tocó suavemente la empuñadura de *Tizona*. Su boca esbozó una ligera sonrisa al hacerlo. Sintió deseos de asirla y cortar con ella el aire, pero se contuvo. El joven esperó antes de tomar las armas de nuevo y colocarlas en su sitio. Miguel siguió el proceso sin perder detalle.

—Mi hermana —le dijo el joven mientras se volvía despacio y centraba ya toda su atención en Miguel— dice que quieres ver al rey.

Miguel asintió varias veces con la cabeza y luego bajó la mirada. Se sintió avergonzado al descubrir que había estado hablando con la mismísima hija del rey.

—¿Y bien? —le preguntó algo impaciente.

—Esto... yo... señor...

—Sí, ya lo sé —se le adelantó el otro—. Quieres ver al rey y solo hablarás con él. Pero da la casualidad de que el rey no está en estos momentos y tienes la suerte de que mi hermana haya pensado en mí. Así que tienes dos opciones: o te marchas, o me dices a mí lo que ibas a decirle a mi padre. Y te aseguro que no tengo todo el día.

Miguel tardaba en decidirse. Tenía dudas, pero por otro lado... El muchacho retrocedió unos pasos como si se sintiera abrumado por la responsabilidad. Se detuvo al llegar a la pared. Tragó saliva mientras el corazón comenzaba a palpar con fuerza dentro de su pequeño pecho. El joven don Sancho enarcó sus cejas.

—Ya sabes cómo tratan los guardias a los intrusos... —le comentó como de pasada el joven.

Estas últimas palabras parecieron decidir a Miguel. No habría otra oportunidad de acercarse más al rey de lo que en ese instante lo estaba a través de su hijo. Y, después de todo, era mejor el hijo del rey que nadie. Con mano temblorosa, el chiquillo buscó en su bolsillo y sacó el anillo, mostrándoselo al infante don Sancho.

—Debo entregar esto al rey, señor —pronunció por fin.

El infante tomó el anillo con mano decidida y lo examinó con detenimiento.

—¿De dónde demonios lo has sacado? —le preguntó tajantemente.

—Ayer apareció un hombre en el río, señor —el joven pasó su mirada del anillo al muchacho que estaba hablando—. Me acerqué y vi aquella horrible herida en su cara. Pensé que estaba muerto, pero en ese instante me agarró y me puso esto en la mano mientras me decía: «Dáselo al rey». Yo... yo... no sabía muy bien qué hacer, señor.

El joven Sancho lo miró sin perder detalle. ¿Le estaría contando la verdad o sería simplemente un pequeño ladronzuelo arrepentido?

—Has hecho lo correcto —le dijo al fin. Lo importante era que el anillo estaba en su mano—. Ahora debes irte. Te estarán esperando en tu casa.

«Sí, esperando. Y para nada bueno», pensó con horror.

—¿Se lo daréis al rey, señor? —se atrevió a preguntar el muchacho.

—Primero he de averiguar si este anillo es tan importante como para molestar a mi padre.

Miguel se retiró hacia la puerta.

—Gracias, señor —fue todo lo que salió de su boca. Aún estaba algo confundido.

Berenguela aguardaba sin moverse.

—Te conduciré a la salida —le dijo a Miguel cuando este pasó por delante de ella—. ¿Siempre eres tan silencioso?

Miguel se volvió para mirar a aquella niña de movimientos delicados que se había colocado a su derecha. La observó con detenimiento y se dio cuenta de que, comparado con ella, a lo mejor sí que pareciera un poco harapiento. En ese momento fue más consciente de lo sudado y sucio que se encontraba.

—Bueno, no siempre —le dijo.

Berenguela volvió a reír. Su risa era fresca y espontánea. Contagiosa.

—¿Cómo se llama el instrumento que estabas tocando antes?

—Es una zanfoña.

—¡Ah! —dijo Miguel repitiendo mentalmente aquel nombre que nunca antes había oído.

—¿Tú tocas algún instrumento?

Miguel ladeó la cabeza y negó con ella varias veces. Estaban llegando a la puerta por la que habían accedido.

—¿Sabrás salir desde aquí? —le preguntó la niña.

—Sí, claro. No tendré problemas —Miguel se quedó mirándola—. Muchas gracias por tu ayuda.

Berenguela hizo una graciosa inclinación con su cabeza y se alejó hacia el interior de la gran casa. Miguel se chocó de frente con el calor de la tarde. Empezó a andar despacio y cabizbajo. Se había quitado un peso de encima, pero ahora tenía que afrontar otro peor. Aunque sabía que nada ni nadie le iba a librar del castigo, no tenía ganas de enfrentarse todavía a él. Así que decidió bajar hacia el río y se alejó por la orilla en dirección oeste. A esas horas había niños jugando junto a los árboles. Se alejó de ellos. Quería estar solo. Cuando el murmullo de las voces se perdió en la lejanía, Miguel se sentó encima de una piedra, muy cerca de la orilla del Runa. El rumor de sus aguas atrajo su atención. Perdida su mirada en el caudal, se pasó toda la tarde con los ojos clavados en el discu-

rrir tranquilo del agua. Muy adentro pensaba que aquel río le había jugado una mala pasada.

Un ladrido cercano lo devolvió a la realidad de aquel día de verano. Desde la orilla, alzó la cabeza hacia la muralla. Las primeras luces de las casas se empezaban a vislumbrar entre la oscuridad que ya estaba al acecho. Miguel se puso de pie. Quizá, con un poco de suerte, don Yenegro tuviera otras cosas que hacer y se hubiera olvidado de él.

Pero Miguel se equivocó. Le bastó con ver la figura de su padre esperándolo en la entrada para darse cuenta. Estaba claro que don Yenegro no se había olvidado de él. Ignoraba lo que le podía haber contado a su padre, pero era evidente que no se iba a librar de un rapapolvos importante.

—Miguel, hemos de hablar —le dijo mientras conducía a su hijo a los establos. El chico se dejó llevar—. Acércate aquí —le pidió sin elevar su voz, una vez se encontraron dentro.

Miguel, obediente, se dirigió hacia su padre, pensando en sentarse en un tronco de madera que descansaba cerca del abrevadero de los animales. Pero su padre lo cogió de los hombros, como si fuera a hablar con él, aunque en vez de eso, le arrancó la camisa. El chico, sorprendido, miró hacia atrás. Juan sostenía en su mano derecha un cinturón de cuero. Un terrible miedo atenazó a Miguel. Su padre le dio la espalda y lo sujetó por el hombro, pero no habría hecho falta porque no podía moverse. El primer golpe lo dejó sin respiración. Un zumbido espantoso vació sus oídos de cualquier otro sonido. El segundo golpe fue aún peor. Un latigazo que llenó todo su cuerpo de un dolor como jamás había sentido. Si su padre no lo hubiera estado agarrando se habría caído de bruces. Miguel cerró los ojos. El tercero de los golpes lo pilló inconsciente.

—¡Basta, basta, basta! —gritó Guiomar mientras intentaba zafarse de los brazos de don Yenegro que le impedían acudir en auxilio de su hijo.

El sonido silbante del cinturón al cruzar el aire le había arrancado de cuajo su propio corazón. Ni siquiera miró a su marido cuando las manos de don Yenegro la soltaron por fin y ella echó a correr. El cuerpo de Miguel quedó tendido en el suelo y por un instante creyó de veras que su hijo había muerto. Con el orgullo herido, mordiéndose la lengua y tragándose las lágrimas, tomó a su primogénito en brazos y lo llevó hasta su propio dormitorio. Le costó unos instantes hacerse con el control de la situación. En un primer momento cayó presa de un ataque de ansiedad. Después, sin fuerzas en las piernas, se desplomó hasta el suelo, donde se quedó sentada. Alargó su mano para tocar la de su hijo que yacía de medio lado y su pulso empezó a temblar, al igual que sus labios. Su respiración se hizo más fuerte, más rápida y, sin embargo, le faltaba el aire y el consuelo.

Tras esos primeros momentos de pánico, la lucidez retornó a su cabeza e intentó controlar su respiración. Nunca, jamás en su vida, habría creído a Juan capaz de un acto así. Se estremeció solo al recordarlo. Miguel estaba pálido y quieto. Guiomar se levantó y pudo mirarlo directamente. Solo entonces buscó lo necesario para limpiar las heridas de la espalda de su hijo. El cinturón le había provocado algunas quemaduras. Le embadurnó la espalda con miel y refrescó su cara con agua. Miguel se quejó débilmente. Su madre se sentó en una esquina de la cama contemplando en silencio la carita del chiquillo. Suerte que sus hijos más pequeños estaban ya acostados. La mujer se quedó así, quieta, sin moverse, hasta que la vela se consumió totalmente y la luz desapareció de la habitación.